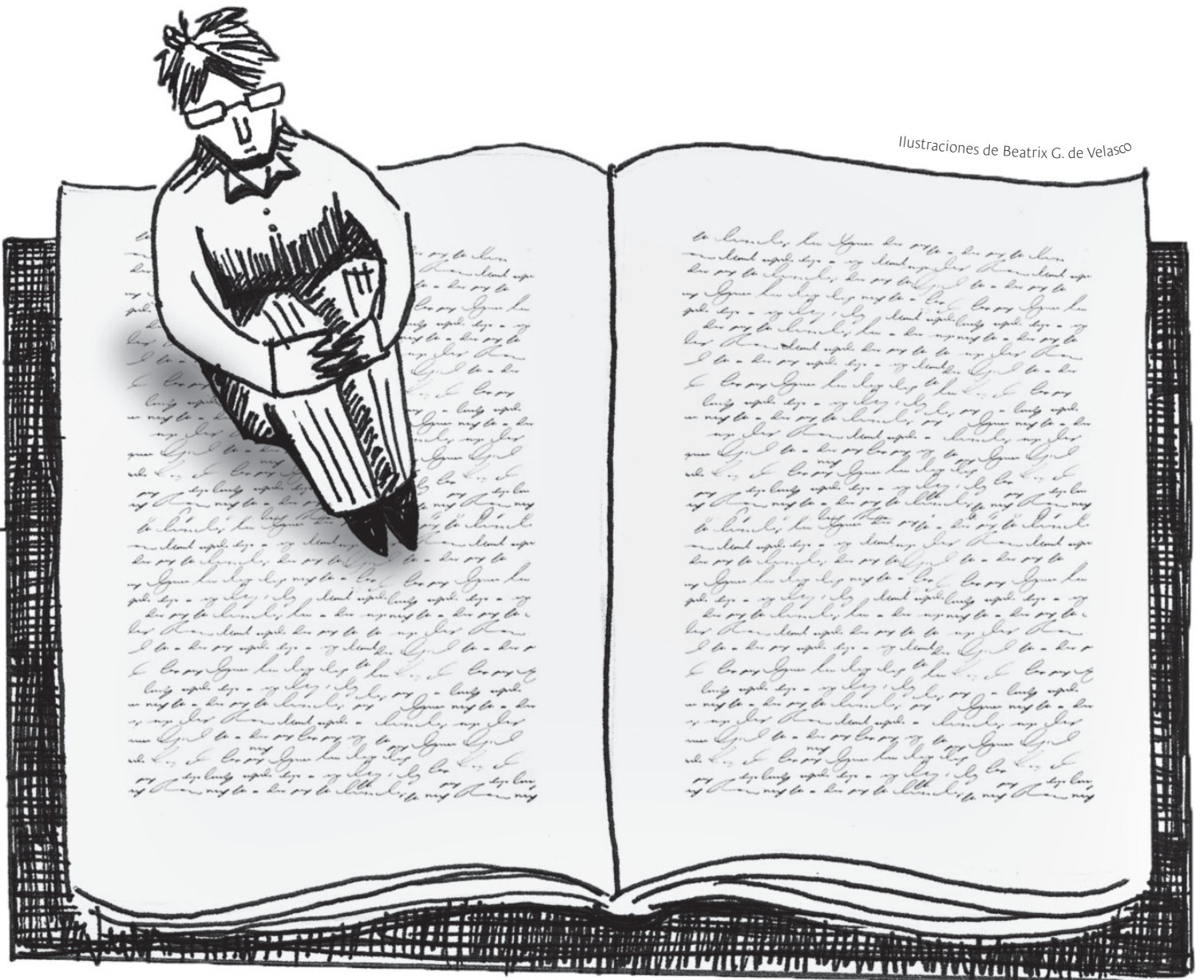


No son separadores de libros, sino de hojas

Jesús Vicente García

Ilustraciones de Beatrix G. de Velasco





A
veces el
abrelibros no
marcha, porque
ha tropezado con el nudo de la novela.

Greguerías, RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Y YO DIGO: EL SEPARADOR DE LIBROS debe ser llamado separador de páginas, porque eso separa, no libros. Gérard Genette debió incluirlo en sus paratextos en exergo, es decir, fuera de la obra, pero que forma parte de ella, porque el separador contiene la fuerza de la escritura en sus dos costados y es el que en un momento dado decide en dónde continuar la lectura, comenzarla y reafirmarla.

Lo he dicho en todos los foros a los que he tenido acceso: en entrevistas a revistas literarias, en alguna columna en un periódico de una universidad de periodismo, en diarios, en mi blog y en blogs ajenos, en el féis y en redes habidas y por haber, en grupos relacionados con la literatura e incluso cuando me invitaron de extra (y en plena crisis económica, necesitaba dinero a toda costa; todo subía de precio menos el sueldo) a un *reality show* en TV Azteca, en que yo acusaba a mi hijo de robarse mis libros y mis separadores, y la conductora de glúteos prominentes me dijo en comerciales que qué era eso, le expliqué y con un tono de militar sentenció: Aténgase a lo que dice el papel que le dieron, eso de los separadores no es importante. Comencé a vociferar. ¿No es importante? ¿Qué sí lo es y qué no en una lectura? Ella intentó calmarme y lo logró con una sonrisa: Ese coraje lo quiero contra ese mal hijo, recuerde que usted le dio estudios y él es un borracho y “nini” a sus casi treinta años.

En fin, desde pequeño me han sucedido cosas similares; lo que es importante para mí, no lo es para los demás, y a veces por analizar o criticar esas minucias he ganado algunos contrincantes en el mundo de las letras, pero los enemigos a veces ayudan. Me cerraban puertas a las publicaciones de mis cuentos. Los editores decidieron cerrar filas hace diez años, cuando apenas comenzaba feisbuc, decían que yo era un crítico literario envidioso y frustrado que nada le parecía y que como escritor no era rígido ni autocrítico. Lejos de que dejaran de leerme, los amigos difundieron uno de mis libros de cuentos que hasta entonces casi nadie había leído: *La ciudad de los deseos cumplidos*, cuyo tema es, desde la narratología, el espacio: el metro, ese sistema de transporte que utilizan millones de personas diario.

Ya tenía dos novelas en mi haber, pero los editores de secciones culturales de los diarios me bloqueaban hasta en el féis y no entendía por qué, yo ni los conocía. Pues con todo, *El gran vals*, mi primera novela, dio la vuelta en la red de redes, el féis fue mi catapulta cibernética, incluso el entonces jefe de gobierno visitó ese bar, título de mi opúsculo, situado en el Eje Central, entre Arcos de Belén y Dr. Río de la Loza. La izquierda me leía, le gustaba ver a una policía corrupta en la ficción para demostrar que en la realidad no sucedía eso; en tanto que la derecha se cimbró, porque sentía que la estaba denunciando; fue cuando una mañana, un auto se me cerró en Isabel la Católica y Eje 3, un orangután me azotó contra la pared y me dejó viendo estrellitas con mi respiración entrecortada después de una zangoloteada marca llorarás, y la barbacoa y el consomé que había comprado seguramente quedó en la panza de esos tipos, cuyo mensaje entendí cuando me decía uno con aliento a cigarro y alcohol: ¿Así que somos corruptos, cabrón, eso te parece, puto, lo crees, ojete, somos borrachos, hijo de la chingada, drogas, eh, cabroncito? Y a cada adjetivo lleno de color sentía un golpe en mi hígado o pulmón, o pierna o testículos o costillas, o donde fuese, ya daba lo mismo dónde me daban.

Lo grité por las redes. Todo el mundo virtual supo de esos golpeadores, jamás me sentí tan cerca de Roberto Carlos cuando cantaba que quería tener un millón



de amigos, prácticamente los tuve, se adherían a mi odio contra la intimidación y hasta el jefe de la policía me envió invitación de amistad, la que rechacé, por supuesto, y eso me dio más rating en las redes, fui *lord Pamelo antitira* y mi nombre se hizo viral.

Claro que eso duró acaso unas cuarenta y ocho horas, porque después no se me acercaban ni las moscas. Y volví con mi tema: los separadores. Fui invitado a una estación de radio por internet, confirmé y exigí el cambio de separadores de libros por unidores de hojas o páginas, porque unen al lector con el texto; todos supieron que esa es mi obsesión en la vida. Ya me lo había dicho mi mamá: estudia algo que deje dinero, pues si te vas a quemar las pestañas, que te alcance para los menjurjes que te las hará crecer.

Así fue. Me quemé las pestañas con el boiler una mañana de invierno y me corté al rasurarme, justo cuando fui invitado a dar una charla acerca de lo importante que es leer, a una universidad particular, en la carrera de literatura latinoamericana. Así me fui, con parches en la cara, curitas en la quijada y una crema de no sé qué menjurjes en la barbilla. El tema era la experiencia de leer el *Quijote*. Me elevé como los dioses del Olimpo. Les platicué de mi experiencia ante esa gran obra. Los jóvenes se quedaron con los ojos en pausa, embobados, ni pestañeaban, y las alumnas hasta babeaban y cruzaban

las piernas entalladas en unas minifaldas, mallas y *jeans* que daban miedo. Después supe que estaban así porque la mayoría se había ido a la primera posada y tenían más alcohol que sangre en las venas, por eso parecían zombis. La cosa cambió de rumbo cuando uno de los jóvenes me preguntó qué opinaba de las mafias literarias: hablé mal de todas, incluso de las que no conocía más que de oídas, y di datos que pocos sabían, les comenté quién es un borracho y drogadicto, quién decide la publicación de textos de acuerdo a su estado de ánimo o nivel de cocaína en la nariz, quién se había acostado con quién para lograr un espacio en una revista o periódico, o para ver en el mercado su novela o libros de cuentos, a pesar de tener malísima calidad.

Eso encendió los ánimos, porque ahí estaba la hija de un colega a cuya mafia critiqué, su revista de halagos mutuos y plumas facilonas. Ella defendía el coto de poder de su padre y yo hice trizas la imagen que tenía de él, quien le tuvo que hacer favores sexuales a aquel director de la revista, quien ya falleció, pero que en su momento era sabido de todo el mundo literario que su gusto por la negociación sexual era su moneda de cambio. No me importó que su hija me haya grabado y subido el video a las redes sociales. El problema fue que me fui contra todos y contra todo, así que quedé como el apestado de las mafias que se unieron contra mí, no sé si sistemáticamente; a la fecha nadie acepta mis críticas literarias, cuentos o crónicas que otrora me publicaban en diversos lugares.

El colega a quien critiqué, huelga decir que estudiamos juntos y nos emborrachamos en nuestra juventud cientos de veces, escribió un manifiesto en contra de quienes hablan mal de su trabajo colectivo “honesto y puro, en el que bajo un intenso debate entre el consejo editorial, deciden qué publicar”, que todos los miembros son al menos licenciados en alguna área de las humanidades, que “todos han pasado por las aulas, muchos de ellos profesores universitarios y aclamados literatos de altos vuelos con premios nacionales e internacionales”, cuyo trabajo ha creado lectores, gente pensante, que cuestiona, que analiza con las teorías en la mano; “nuestros colaboradores y miembros del consejo editorial son personas de academia, de lucha social, de investigación literaria, de letras, quienes han sido traducidos a diversos idiomas, que han puesto en alto el nombre del país”, para que venga un mentecato a decir

una sarta de tonterías sólo porque su producción literaria no ha sido bien recibida por los lectores y por eso se la pasa criticando a los críticos y escritores a quienes, en aras de la unión literaria, nos reunimos con intereses en común que son las letras, sin otra intención, y no para hacer trizas a nadie ni para ningunear.

Volví a ser famoso. Por supuesto que mi ex amigo me hizo pedazos, porque firmó toda su mafia y sus amigos, que son miles. Pero miente. No es cierto que todos esos seres sean de academia y si lo son es por méritos de relaciones públicas, no por su escolaridad. De hecho, mi ex amigo no terminó ni el tercer trimestre de la carrera de letras y veo con sorpresa que en su currículum en las cuartas de forros y en el diccionario de Bellas Artes informa que estudió la licenciatura en letras clásicas, lo cual no es verdad.

Debo aclarar que todo esto lo escribo porque unos estudiantes que van en su segundo número de una revista literaria me invitaron a colaborar con un cuento y una autobiografía, “pero que sea real, la neta”, me recalcaron. Comencé por las ideas y no por mi vida que no es muy interesante, pero la diré: estudié en escuelas públicas, he tenido diversos trabajos antes de mi labor actual, cursé dos licenciaturas, de las que sólo terminé bien una: letras hispánicas, además de un diplomado en creación literaria, y he sido parte de diversos talleres de cuento y novela. He dado cursos al respecto. Soy corrector de estilo. Casado. Tengo un hijo adoptivo que estudió teatro y ahora es dramaturgo de derecha, no cree en la izquierda;

yo tampoco, pero eso no nos une, más bien nos desunió su mamá, que es mi esposa, maestra de literatura, quien dice que las teorías de Genette y Lukács son aburridas y tontas, que deben servir para entender a la literatura, no para complicarnos la existencia, por eso ella misma ha creado sus propias conjeturas ya publicadas en universidades de otros países, en la UNAM, editoriales a las que yo no tengo acceso y ni lo tendré; pero decía que Jorge Gerardo, nuestro hijo (así se aferró ella a ponerle en honor a Gérard Genette y a Georg Lukács, que en su momento admiraba y ahora aborrece), prefirió seguir su camino en la dramaturgia y no escuchar las discusiones matutinas de sus padres, es decir, nosotros; pues a las siete de la mañana, durante el desayuno, ella elevaba a Todorov y destruía a Genette, en tanto yo los defendía, porque yo entendí a Dostoievski más a partir de Bajtín y Genette, y Todorov lo sentía ya caduco.

Volví a salirme del tema que era mi vida, quizá porque he descubierto que en decir datos personales no vale la pena, prefiero señalar mi pensamiento aunque mis enemigos sigan atacándome, y lo comento porque apenas saldrá a la luz mi teoría del separador o unidor que me publicará una editorial universitaria, pues las mafias me han orillado al silencio, por eso lo digo a la callada, a la sorda, bajita la tenaza, como no queriendo la cosa: los invito para entender que los separadores, ahora unidores, hacen lo suyo físicamente, pero son símbolo de unión, no de separación, porque es el nexo entre el lector y el libro, es parte de su relación artística y de la obra, por tanto es un paratexto, de acuerdo con Genette, está fuera de la obra, pero al mismo tiempo la rodea, como el amor y el odio, todo

lo absorbe. Temo que hayan complotado contra mi presentación; los demonios andan sueltos y diarreicos, así que anexo una línea sólo para apuntar en mi biografía que he vivido gran parte de mi existencia peleándome con mafias literarias, porque parece que hablar de uniones en lugar de separadores altera paradigmas, pues aquí hay un conflicto con el lenguaje, como decía Roland Barthes; las palabras no son para buscar lo hermoso, sino para pelear, como la vida: el lenguaje es un campo de batalla y no un club de halagos mutuos. ▀

